

JUAN ANTONIO FAJARDO

— • • • • —
A POR TODAS
VIVENCIAS Y RECUERDOS.
¡MIS ESCRITOS...!



Siendo niños

Es posible que pueda haberte sucedido: un día, jugando en la calle con tus amigos y vecinos más próximos a tu hogar, uno de ellos dijo: «Mira al cielo y observa cómo se acerca la Luna hacia la Tierra». De pronto, entre los niños que jugaban a la pelota de buzón a buzón, o mejor dicho, para entendernos, de acera a acera, a lo ancho, uno se salió del grupo y buscó calle abajo dónde cobijarse. Las risas y las burlas aparecieron en el grupo, mientras que el que corría sin rumbo desapareció de la calle. ¿Se le habría tragado la tierra, o quizás se habría escondido en uno de los portales de la casa que estaba más lejos del grupo de niños? Mientras tanto, entre ellos existía un determinado chismorreó de comentarios por el amigo desaparecido.

Ellos seguían con su pelota del gorila, dándole patadas, pasándola entre ellos, de los dos equipos de tres niños por lado, defendiendo el buzón sorteado con antelación, e intentando regatear y llegar al lado contrario con el objeto de dar con dicha pelota entre los dos extremos del citado desagüe de aguas sucias existentes en distintos tramos de la calle.

Hemos descrito uno de aquellos juegos que por aquel entonces se jugaba. Los niños de hoy no saben lo que es un buzón, y preguntan, con poco interés, a padres y abuelos qué es eso de la «pelota del gorila». Preguntan: «¿Es que había en la calle un gorila que tenía una pelota?».

Amigo lector, de lo que acabas de leer, notas dos circunstancias que se daban por aquellos entonces: para mí, en primer lugar, sería el miedo, el espanto. «¡Cómo se va a caer la Luna, si está tan alta!», decía el listillo del grupo: mientras que el que tenía miedo, se recogía y era motivo de burlas, risas y que te pusieran un mote: en este caso, *Caraluna sevillana*. Al cabo de los años busco un significado a esta frase, y aún no he encontrado ninguno. Y por otro lado, tomarle el pelo al ignorante.

Sé y me consta que esto en alguna ocasión lo hayas escuchado y oído; pero los tiempos cambian a una velocidad de vértigo, como la estrella que desliza su haz de luz reflejándose en esas noches de verano, sin nubes, con tanta claridad, que a campo abierto en la oscuridad del momento se ve tan bien, que no es fácil no tropezarse.

La noche sigue, la calle se queda en silencio, en las casas se escucha la radio, las noticias de la ciudad, o un programa de música clásica con orquestas célebres. Al rato, era curioso, mientras algunos salían al balcón a tomar el fresco, otros con sillas bajas se ponían alrededor

de la puerta, más de una familia, para intercambiar palabras, hablar de sus hijos, de las vacaciones de entonces, que eran sacarse el abono de la piscina de la instalación deportiva de la ciudad. Y durante los días de vacaciones de los padres, la maleta era una bolsa de deporte, con los bañadores de padres e hijos, y caminar hacia el centro deportivo al mediodía, sobre las 12 de la mañana. Y las 14:30 horas del mismo día, cuando el sol daba fuerte, de vuelta a casa. «¿Para qué tanto chapuzón en la piscina, mucho mojarse, para tanto calor?». Aún hoy me lo pregunto. ¿No estaríamos mejor en las playas de Huelva o Málaga?

¿Tú qué opinas, mi lector amigo: ayer u hoy, o quizás nunca? Tú verás; en el transcurrir del tiempo, las formas de vivir, son distintas o parejas. ¿O ha sido tanta la evolución que lo de antes, con las pesetas, es distinto al después, el hoy o el mañana? Creo que cada uno piensa como quiere; los recuerdos suelen ser cosas del pasado, el hoy es lo actual, vivir la vida, con los posibles que cada uno tiene.

Aparte de estos comentarios y estos recuerdos me vienen a mi memoria otros juegos de aquella época, y con mi permiso, voy a destacar algunos en este documento, en desuso, posiblemente; pero muchos padres y abuelos modernos, aún pueden acordarse.

Vamos al lío. El juego que propongo es «burro nuevo», que trataba de saltar sobre un niño agachado formando la forma de un burro. Quien no saltaba el obstáculo sustituía a este, y era saltado por los niños que formaban el juego.

Era un juego de destreza deportiva o de agilidad, y bastante competitivo: ser el burro siempre acarreaba ser el torpe, el inocente. Y así pasaba el rato después de salir del colegio, en la tarde. Después a estudiar; si eras espabilado y terminabas pronto, salías un rato antes de cenar y jugabas con los niños que tenían permiso.

Pero la vida sigue y quiero continuar, aun estando muy aburrido; pero debo trabajar. La mente la tengo abierta, y sé lo que he de afirmar para poder entretenerlos con lo que tengo que narrar. Adelante, mis amigos, no dejen hojas atrás, que resulta interesante lo que aquí quiero hablar.

Son recuerdos que son míos y tuyos. Ahora lo son; te vienen a la memoria los tiempos que ya no son... Historias que llevo dentro, dentro de mi corazón, que recuerdan mis inicios, que hoy los quiero... Estas historias que son mías, hoy son, sí, de los dos; son imágenes que vienen, desde muchos años son. ¿Pueden hoy tus recuerdos...? ¿Los identificas? ¿No? Retrocede unos años, si eres viejo o mayor; si eres joven, te avivo hoy tu razón.

Son siempre verdades. No, las mentiras no lo son. Son esos mismos recuerdos, o muy parecidos; los has vivido, sí, quizás mucho mejor. Para ambos son siempre buenos. Sácalos, ya pasó; pero siempre hay rescoldos que nos encienden lo interior. Saca las cosas ya pasadas, lo vivido es lo mejor.

Son momentos entrañables, eso te lo digo yo, ¿los quieres tú? Pues vámonos, transmitirlos en este instante, aquí escritos los tengo yo.

Son costumbres, mías, tuyas, que de niños ya nacieron. Hoy también, siempre las son, costumbres de nuestro pueblo extremeño, digo yo. Son vivencias de otros tiempos, que aparecen y se borran, perdurando sí que son. Siempre. Siempre, en un instante, en un momento. Ahora. Son momentos vividos; no son sueños, por favor. Son vivencias o costumbres de esos tiempos que te quiero exponer para tener esos recuerdos que te van a entretener.

Con sonrisas, esas que yo quiero ver. Ahora, en la cara se te ven. Los ojos, enrojecidos; las lágrimas aparecen, hoy no siendo niño lo dejas entrever. Quiero pedirte permiso, ¿me lo dejas exponer? Empecemos ahora, pues.

Está corriendo el siglo xxi. Volvemos y regresamos allá por los años 50 del siglo pasado, en aquellos bellos tiempos de tu niñez o de la mía. Cuando íbamos a la escuela, con nuestros vecinos de siempre, con aquellos niños, amigos nuestros, que tanto queríamos. Pero aquí y ahora, mi elector en tu lectura, quiero narrarte lo que creo que fueron para ambos aquellos tiempos, haciendo lo tuyo mío, y al contrario. Pensamientos unificados, dos en uno, o quizás por separado. Vamos a lo nuestro, a entretenernos. Sí. Adelante. Vamos.

Conocí a un tal Juanonio en su época de «enfermo»; un tropiezo en la calle, que le llevó a muchos médicos... Tropezón o un encuentro; empujón que aún estoy viendo. Recorriendo siempre el camino de ida y vuelta, de aquí para allá, en Madrid su tratamiento. Y vinieron malos tiempos. Escayola en todo el cuerpo, operaciones muy importantes; la primera, muy interesante, descrita en libros médicos. Miedo y soledad, la pierna que no la mueve... Como puede y como debe, para niños muy

inquietos. Aún recuerdo a su padre, el mejor amigo que es nuestro, recorriendo va camino hacia el cielo, bien abierto. Allí espera un Señor, que es de los nuestros, si somos buenos. Con un premio. Fue amigo más que padre, compañero, inseparable y compañero de juegos. ¿Qué recuerdos hoy tan buenos?

Transcurrió ya mucho tiempo, y en la cama, siempre dentro, acostado por sus huesos. El balcón a medio abrir, observando qué se encuentra en la calle y allí dentro.

En la calle están Germán, Ángel y todos esos, amigos que son nuestros, ¿es posible jugar con todos y poder estar con ellos? Y de pronto, un hombre grande aparece en ese encuentro, vestido de policía. Ay, qué miedo. Aparece en medio del pasillo, en él hay siempre encuentros.

Lo levanta de la cama después del masaje hecho. Jesús Asunción de nombre, rey mago cacereño. Le manda andar unos metros, de puntilla, de talón, sobre una línea de baldosas de ese suelo tan inmenso.

No es un sueño lo que escribo, ¿qué verdad es lo que siento? Que transmito con la pluma los que hoy son sus recuerdos. Qué bonito lo que aquí se ha expuesto; son siempre esos momentos especiales... es ese nuestro mejor presentimiento.

Quiero dar un pequeño salto en el tiempo transcurrido. Los viajes a Madrid traen hoy muchos recuerdos; si

queréis, son también pensamientos de lo ya siempre vivido, que se quedan muy dentro.. Lo acarrea en sus hombros dos hombres de sus sueños. Uno de ellos Juanito, lo sigo en su pensamiento. El otro Manolo, su amigo que es cacereño. Trabajando allí, madrileño, espero. Trabajador de altos vuelos, con cartera en la mano, administrador, siempre bueno. Con ellos no puso ambos pies en el suelo. No puede. Va ya muy lento. Aún recuerda esos sonidos de ambulancias que pasan en el Madrid que recuerda recorriendo donde nace alguien que le llevó dentro, pudiendo ser esa madre que por Carabanchel Alto la vieron, por el hospital Gómez Ulla, por la calle está su lecho. ¿Qué tan grandes son sus recuerdos?...

Bonitos sonoros automóviles, de aquellos antiguos juegos, que eran vehículos ciertos, con aquellos ojos viejos, de niños de aquella época, que aún siguen viendo en la memoria, describiendo lo que siente. Recorren esas calles, en Atocha, ya los veo, en el centro hoy biblioteca, hospital provincial en su recuerdo. Fue operado allí por segunda vez, lo siente, esos huesos se hicieron buenos... Recuerdos que no se olvidan en este momento intenso, así, de todos ellos.

En su vida vio tanto médico, pendiente de todo ello. Entre tanto traumatólogo, dos que son cacereños, doctores Sanguino y Escudero, forman, en aquellos entonces, parte del equipo del Dr. Sanchís Olmos, doctores, todos muy buenos, muy buenos.

Eran lo mejor de aquellos tiempos y reconocidos hoy por sus hechos. Así es hoy su recuerdo.

Para continuar este relato he de echar para atrás el tiempo. ¿Cómo empezó, a quién le llevaron? Qué tiempos aquellos de tanta añoranza.

Aquellos viajes a Madrid, de vida y de anda, (cuánto coche, mucha gente, qué ciudad, con grandes casas, rascacielos incluido, de grandes jardines y diversiones varias)...

El intérprete de estos recordados actos, tuvo ocasión de ver al lado de su cama un hombre de tez morena y de nombre Collar, futbolista de entonces de fama, con rodilla operada. El Atlético gana. Sorpresa para aquellos niños y para padres famosos, por vivir unos días compartiendo, sí, su fama, por ser conocido y con mucha garra y de mucha alza. ¿Por qué digo esto? Su padre jugaba en un Cacereño, humilde y con ganas, con Oscar Madrigal al frente, presidente de garra y fama, en esa ciudad tan pequeña que hoy tiene tanta. Alguien de esta familia, que yo deseaba, me dijo y contaba que su padre era bueno cuando el balón le pegaba, con fuerza y destreza; y ya digo: ganas, igual que ese niño que estaba en la cama.

Hagamos historia de su pierna mala, allá en sus comienzos en la viña o casa, que así la llamaban, aquí en el

Calvario, de esta tierra sana, junto a la ermita de las cruces altas, en la Soledad, camino de la Sierra de la Mosca. Allí está la casa de un tal Paniagua, hombre muy humilde donde hoy los *jaiga*, *asina* es el *jabla* de esta tierra guapa, por tener como patrona a la cacereña guapa, la Virgen de la Montaña.

Jugaban a las canicas, o los *bolindres*, así las llaman. Con muchos amigos que allí se encontraban, frente aquella casa, su finca querida, *asina* llamada.

Observando el juego, su padre miraba el juego de piernas cuando él las doblaba. El lado derecho, de su pierna mala. Qué mal la doblaba, más bien extendida, sin darle el juego que la pierna daba...

Preocupa a su padre, diciendo: «Enseguida al médico, mejor que mañana, le noto algo raro en el juego de la pierna, algo le pasa, si se le obliga, le duele. Venga al médico, me voy para casa, corriendo o en coche, al médico, ¡hala!». Así sucedió aquella mañana, esperando a la Virgen, que por allí desfilaba, camino a su casa. Viva la Virgen de la Montaña. Bonito piropo al pasar le daban.